

## La educación de las emociones en la enseñanza secundaria

**Mariano Royo**

### Qué son, para qué sirven

Existe una notable dispersión en el uso del concepto emoción. Con frecuencia no sabemos si, cuando hablamos de educación de las emociones nos referimos a las actitudes, instintos, sentimientos, pasiones, valores o tendencias o, simplemente, a la llamada educación del carácter. No pretendemos aquí conceptualizar la cuestión, pero sí hacer notar que tal confusión no viene sólo de la dificultad del objeto, sino también, y a lo mejor principalmente, de un miedo histórico a la manifestación de las emociones y una voluntad social por ocultarlas. Y también analizar hasta qué punto la adolescencia puede ser la edad más adecuada para un trabajo educativo sobre esa importante fuente de felicidad y de motivación tomada en su sentido más general.

### Emociones y aprendizaje

Hace unos años, como director de un instituto de bachillerato, recibí a un grupo de profesores japoneses interesados por nuestro sistema escolar. Hicieron un trabajo minucioso: entraron a las clases, hablaron con los alumnos, tomaron notas y fotografías, me sometieron a una detallada rueda de preguntas. Se sorprendieron de la juventud del director, por cierto ya bien entrado en la cuarentena. Observé que les interesaba en extremo la risa frecuente de los alumnos en clase, su fuerte complicidad con los profesores, la camaradería. A nosotros nos sorprendió, por el contrario, su extrema cortesía, su sonrisa obligatoria, el perfeccionismo de sus habilidades sociales. En la rueda de preguntas siguieron un orden jerárquico perfecto, dirigido por la mirada de su director. En la cena de despedida que organizaron, hubo regalos, más sonrisas, y hasta interpretaron una canción catalana en nuestro honor, aunque el director del coro controlaba el tempo cronómetro en mano. En esa misma cena, alguien me aclaró negro sobre blanco su problema. El sistema educativo japonés es eficiente: obtiene uno de los primeros puestos mundiales en la evaluación objetiva de sus alumnos. Sin embargo, esos mismos alumnos carecían de la creatividad, de la iniciativa que la nueva sociedad japonesa les demandaba.

No es difícil ordenar los elementos de esta historia en orden a nuestro tema. En efecto, la escuela es un microcosmos que tiende a imitar con más o menos fidelidad su sociedad, como forma de potenciarla y reproducirla. Y la sociedad japonesa es el paradigma de la ocultación emocional como fundamento de su propio orden. En el Japón, y en su escuela, la risa, el llanto o las pasiones son colectivas. No aparecen apenas los proyectos, las pasiones, las emociones individuales. La orientación personal, escolar e incluso profesional, ya se ha resuelto en el parvulario. El chantaje emocional es, ciertamente, fuerte. El alumno que no rinde es considerado casi un delincuente, un dilapidador de los esfuerzos de sus padres. Se utiliza más el condicionamiento emocional que el castigo: basta con la autoculpabilización, la autoexclusión social. Existe una cierta ingeniería de las emociones, tal como la denomina Huxley en *Un Mundo Feliz*, fundamentada también, en cierto modo, en un condicionamiento prematuro que conduce a una estratificación social bastante rígida, a explosiones controladas de emotividad colectiva de carácter religioso o deportivo, al recurso a alguna droga química o social y a la consideración del suicidio como una contribución a la estabilidad social, entre otras cosas. Es evidente que, en este tipo de sociedad, queda asegurada en mucho mayor grado la estabilidad que la creatividad e iniciativa: la vida personal y social queda profundamente mecanizada, cosa que impide la motivación personal, la iniciativa, el progreso.

### Estoicos o románticos

No pensemos que esto sólo ocurre en culturas remotas: nuestra sociedad, con los debidos matices, está llena de situaciones parecidas. Decían los estoicos, por ejemplo, que las emociones no tienen valor alguno en lo que se refiere a la felicidad del hombre. El sabio estoico obtiene la felicidad conociendo y adaptándose a la lógica divina que subyace en el mundo físico, reprimiendo sus proyectos y sentimientos personales contrarios a este destino implacable.

En el extremo opuesto, los románticos fundamentan su realización personal en la liberación de las emociones. Se trata de sufrir o gozar, es lo mismo, pero, en todo caso, de estar afectado por una pasión, de disponer de una buena dosis de adrenalina en acto.

Es curioso cómo solemos presentar la primera opción asociada a personajes sabios, seremos y cabales, mientras que, para ilustrar la segunda, se echa mano de la estampa manida del poeta desorbitado y febril o desmadejado y triste, con frecuencia ridículo y suicida. Los mismos ilustrados, que están en el origen de este movimiento, acostumbran ocultar su convencionalismo ético y hablan de "la edad de la razón", la "luz de la razón", la "diosa razón", como si les diera miedo que se conozca su propio mensaje: que ya no hay fundamento racional, natural o religioso para la estabilidad social, sino que ésta se fundamenta en un acto de voluntad. No siquiera la "libertad, igualdad y fraternidad" pueden fundamentarse empírica o racionalmente, sino en el pacto social, en la voluntad común. La democracia, con una estratificación social fluida, la convivencia, son razonables, pero se fundamentan en una voluntad común, en un deseo compartido.

Nunca deberíamos confundir compartido con colectivo. Todo lo compartido es colectivo, pero no al revés. ¿Existen, entonces, emociones o pasiones colectivas en democracia? Evidentemente. Pero continúan siendo campo abonado de la manipulación social: *panem et circenses*, fútbol, sexo y *rock and roll*, y otros fanatismos. Las emociones colectivas tienen la gracia de proporcionar al individuo vivencias de gran intensidad, que se presentan como razonables, aunque sólo son comunes, y acostumbran ser muy maniqueas. Sin embargo, tienen un sentido muy distinto en el interior de uno u otro sistema: el recurso último al voto, que no puede ser más que personal, las hace esencialmente distintas.

## Escuela y emociones

¿Puede convertirse la escuela en el lugar del condicionamiento social, de la manipulación emocional? Es evidente que hay chantaje emocional, adoctrinamiento, control de las actitudes en muchas escuelas. Pero su efecto, en el interior de una sociedad democrática, es muy limitado. Es conocido, por ejemplo, que el número de ateos educados o no en escuelas religiosas es muy similar.

Como ya hemos indicado anteriormente, una nota que distingue la escuela democrática de la manipuladora es el tratamiento de la sociabilidad: la primera trata la solidaridad como un sentimiento personal que puede ser cultivado, incrementado, de tal forma que puede tenerse o no, o tenerse en diversas medidas, y la segunda, que lo presenta como una consecuencia necesaria de una unidad esencial (que puede presentarse como nacional, étnica o religiosa, o incluso deportiva).

Lo que sí parece claro, entonces, es que la necesaria socialización educativa de que habla la pedagogía no puede caer en la manipulación ideológica o emocional, y, en todo caso, debe quedar limitada por la participación de los padres y alumnos en el proyecto educativo de la escuela, y el tratamiento individualizado. El fomento de la actitud crítica, el desarrollo de la autoestima, la orientación escolar y profesional respetuosa con el proyecto personal, el valor de las humanidades como alternativa más personalizada a la fuerza unificadora de las ciencias, no solamente producirá alumnos más felices, sino también más creativos y llenos de fuerza. La nueva estabilidad social y el nuevo motor del progreso no puede fundamentarse en la anulación o control de la personalidad, sino, por el contrario, en el desarrollo y aprovechamiento de las motivaciones personales.

De todos modos, la escuela también puede y debe ayudar al alumno en el autocontrol de aquellas emociones, o mejor, pasiones, que pueden limitarle o destruirle, o desbaratar su libertad. La emoción es, en efecto, una fuente de motivaciones, una especie de motor de nuestra vida. Pero es evidente que no es un motor primario, sino derivada del motor original que parece ser el instinto. La emoción estética parece derivar del instinto de conservación que hace que cada especie seleccione una serie de rasgos o cualidades de los alimentos, de las personas del otro sexo o de la meteorología como los más convenientes. Pero la emoción humana se libera del mecanicismo del instinto, y se extiende a otros objetos, como puestas de sol, piezas musicales o literarias, comidas que nada tienen que ver con la conservación del individuo o de la especie. Sin embargo, algunas de esas emociones pueden extremarse o hacerse tan necesarias que pueden romper esa liberación del determinismo del instinto y convertirse en esclavizadoras, en adictivas. Acostumbran denominarse pasiones. El campo es muy poco claro, porque en su presentación al sujeto, ambas, emociones y pasiones, se parecen mucho. Sin embargo, a la larga o en su proyección social, la emoción construye, agrupa, solidariza, mientras que la pasión puede destruir su propio origen (la libertad: nuestra propia definición como hombres) o su campo necesario (la convivencia tan necesaria). La felicidad intensa que proporciona la emoción puede convertirse en infelicidad o en asociabilidad. Hay que excluir, pues, el control emocional, pero no la reflexión y el libre autocontrol. Hay que enseñar tanto la libertad en la elección de los valores como el cálculo ético.

## Las emociones del tránsito

En la etapa de la vida en que se imparte la educación secundaria, los alumnos viven una época de transición. En la infancia, no puede decirse que existan valores personales: son los propios de la familia. El niño no estudia por amor a la verdad, no elige por emoción estética, no es bueno por emoción ética, sino por dos razones muy poderosas para él: por obtener la aprobación (la sonrisa, la caricia...) de los adultos y por sentirse integrado (socializado, situado...) con sus iguales. La proporción de ambas va variando con el tiempo, por lo que, en la adolescencia, los valores

inducidos por la familia tienden a presentarse como negativos, mientras que los compartidos con sus compañeros o los que vienen del exterior pueden adquirir una potencia motivadora enorme. Es necesario que así sea, porque el adolescente debe hacer un camino desde el cálido y conocido entorno familiar hasta el desconocido entorno social. Romper con ese entorno familiar adquiere una emoción enorme. Dormir unos días fuera de casa, con los compañeros, o romper el horario normal y pasarse la noche en blanco sin otro objeto que hacerlo, fumarse un pitillo, ponerse medias u obtener el carnet de conducir puede vivirse con una enorme emoción. No digamos ya el enamorarse. En estas batallas, la presión social o de grupo es determinante. Recordemos que, hace unos años, el hacer el servicio militar se presentaba a muchos como una liberación de la familia, del pueblo. Ahora, en cambio, puede presentarse como tal el no hacerla. La propia iniciación sentimental o sexual tienen mucho que ver con la presión social, así como la iniciación a los ritos adultos (fumar, beber, conducir, drogarse, salir...).

Una educación de los sentimientos, en esta edad difícilmente puede pasar por el control adulto. Los adultos vivimos el momento de soltar las riendas como de peligro, mientras que ellos lo viven como emoción. No debemos evitársela ni desnaturalizársela. Hay que mostrarles la emoción que disfrutan: deben verse capaces de disfrutarla. Y ésa es la condición para que puedan controlarla. La autoestima es la condición de la personalidad. El adolescente que no vive sus emociones es el que más peligro tiene de refugiarse exclusivamente en las colectivas, las de grupo, de tribu, las descontroladas o inducidas. Hay que facilitarles ese tránsito para que el entorno haga florecer su personalidad, y no sólo la del grupo de amiguetes, de una determinada tribu urbana o del propio colegio. Hay que enseñarle todos los entornos posibles y sus emociones: el entorno del saber, del trabajo, del ocio, el entorno estético, ético, político, el entorno de su futura familia, de su futura ciudad, de su mundo futuro. En todos esos entornos hay valores, emociones, pasiones que desarrollar, y también peligros, rutinas, aburrimientos que evitar.

Las sociedades adolescentes, son, pues, transitorias en el sentido de que facilitan el tránsito hacia otros mundos. Y también lo es la escuela secundaria. Por eso mismo resultan determinantes en las futuras vivencias del joven. Es ése el sentido que tiene la escuela como elección de la familia y la sociedad que la hacen lugar adecuado de lo que se ha llamado educación integral. Pero la asociación a la familia no representa una ventaja para la escuela, en estas edades, sino todo lo contrario. El centro educativo, los profesores y tutores, tienen que hacer un difícil equilibrio entre representar los intereses de los padres y de la sociedad y presentarse al adolescente como algo suyo, personal, propio, y no solamente como lo que sus padres le exigen. En este sentido, un centro educativo de secundaria puede optar por ser exclusivamente un lugar de paso obligatorio donde el adolescente puede hacerse con un título que padres y profesores desean que tenga, o intentar ofrecer también plataformas para grupos estables donde cultivar otras emociones que él sabe que son imprescindibles: la coral, el grupo de teatro, el grupo de investigadores juveniles, los proyectos de intercambio con otros países, los grupos de estudio, los equipos deportivos, la radio escolar, etc., pueden ser grandes momentos para el joven. En este sentido, se pueden presentar algunas experiencias interesantes, pero queda mucho por hacer en el campo de los proyectos educativos de centro, y en la relación del centro con las casas de cultura juveniles del entorno.

## La autoestima

Habría que insistir en la primacía de una emoción absolutamente inalienable: la autoestima. A menudo, los adultos nos equivocamos al respecto y creemos que los adolescentes tienen la autoestima formada como nosotros, de tal modo que podemos meternos con ella sin peligro. Por el contrario, cada día podemos comprobar que la autoestima adolescente es frágil y quebradiza, y que sin ella no es posible motivar a nadie en ninguna dirección. Hay que darse cuenta de que el adolescente, si hace ruido, si ocupa el sofá, si se hace con el mando a distancia, si viste distinto, si se mete en un grupo extraño, es por hacerse notar, por encontrar un hueco a su personalidad, por ser alguien. Ponerle la etiqueta de "inútil total" es desarmarnos totalmente como educadores, y ponerle a él en el disparadero. El fracaso de la antigua formación profesional, quizá estuvo en que se presentó como una segunda vía para los inútiles. La reforma parece habernos puesto en las manos un instrumento que quizás pueda ayudarnos. Pero lo que sí parece estar claro es que el adolescente necesita, por una parte, ir conociendo cuál va a ser su clasificación social, pero, por otra, necesita saber que ese nivel es tan digno como cualquier otro, y que la adecuación entre su actividad futura y sus facultades es la llave de su disfrute de la vida. Así pues, cultivar esa autoestima es fundamental tanto para la felicidad futura del alumno como para nuestra capacidad de motivarlo. No parece fácil, con los medios y con la cultura profesional corriente. Pero habrá que adaptarse a la nueva situación con mucha creatividad. Podríamos formular una máxima muy amplia, pero quizá algo más práctica: todo alumno debe poder brillar en alguna actividad, sea o no curricular, y los educadores deberíamos poder relacionar esa actividad con el conjunto de su trabajo escolar como motivación.

El punto de la convivencia es especialmente sensible. Ante alumnos conflictivos, se piensa demasiado en el reglamento de régimen interior. Pero el mejor reglamento es el que no tiene que aplicarse. Para mejorar la convivencia hay que crear un buen clima, para lo que es necesario muchas medidas de muy distinto calibre, y no sólo el reglamento. El castigo agota en seguida su poder, rebaja la autoestima, crea resentimiento. Puede existir, como en cualquier sociedad, e incluso puede ser bueno bien aplicado, puede liberar culpabilidades, etc., pero sólo como último

recurso. Dotarnos de muchos recursos intermedios es importante para no caer en un ambiente de confrontación: cultivar la convivencia fuera de las clases, atender a los conflictos de forma personalizada, aprovechar la energía que emana de las familias, levantar la autoestima de los rezagados.

## Las emociones del estudio

Los profesores olvidamos con frecuencia que si impartimos tal o cual materia, junto con la impresión de que valíamos para ello (educación de la autoestima) es por culpa de la emoción respecto a una asignatura que nos transmitió algún profesor, en el 95 % de los casos, de secundaria. Y esto no vale también para la mayoría de otras profesiones.

Analizando el hecho con mayor aproximación y detalle, podríamos decir telegráficamente que:

- Que los contenidos en valores, que lo emocional, es un componente esencial del estudio. Platón decía que la sabiduría es un amor. El propio término *studere* significa originalmente desear, amar, dirigirse hacia. La pasión por la verdad, la emoción del descubrimiento es una motivación impagable. Esas emociones pueden sustituirse por otras, como competir o no quedarse atrás respecto al grupo, la propia autoestima, la nota, etc. Pero el primero es el más fuerte, y es transmisible de muchas maneras.

- Hay muchas formas de transmitir valores o emociones:

- Por medio del razonamiento o del arte (en clase de ética, por ejemplo, o en la lectura de una novela o la visión de una película).

- Por imitación (mitos o modelos juveniles, imitación del rol masculino y femenino).

- Por ósmosis (vivencias en la sociedad escolar, participación en el consejo escolar, la contemplación de la belleza, o de la pasión del investigador, experiencias de grupo, presión de la publicidad).

- Por prácticas que crean hábitos (como las de las actividades solidarias en el colegio, los deportes de equipo, el hábito de dialogar ante el conflicto, las prácticas ecológicas, el cultivo del hábito de hacer bien las cosas).

- Por contraste, a pesar de todo.

- Es fácil de entender y perfectamente exigible, en este sentido, que algunas materias, como ética o educación física, promuevan algunos valores específicos. En la educación física, por ejemplo, se puede trabajar el gozo de la salud, o el cuidado y disfrute de la alimentación correcta, la exaltación del deporte en equipo, el respeto a las diferencias corporales, el control de la propia fuerza. Pero también en matemáticas se puede exaltar la emoción de la exactitud, la belleza de la simetría o el poder demostrativo de la lógica, el valor de la concentración y del esfuerzo, la autoayuda, el interés de la resolución de problemas en equipo, y también el respeto a los que van peor y a los que van "demasiado" bien, o la alegría del avance conjunto, demostrando que todo esto no es marginal a la asignatura, sino central en la vida futura de los alumnos. En efecto, ¿qué va a servir más a la vida del alumno, recordar el imperativo de la tercera declinación o adquirir ingenio lingüístico; captar la belleza de la expresión, disfrutar del juego de la traducción, o darse cuenta de las posibilidades de nuestra memoria? ¿Qué prefiere el profesor de latín, que los alumnos recuerden el *qui, quae quod*, o que recuerden los buenos momentos de la clase de latín?

Quizás estas reflexiones son importantes ahora en que se implanta la reforma. Los profesores de secundaria estamos todavía en la cultura de la asignatura, del nivel, de los contenidos. Sin despreciarlos en absoluto, la reforma nos propone otras metas, pero también nos propone otras fuentes de energía. A partir de un nivel mínimo, ¿que preferiríamos: alumnos muy sabidos o con buenos hábitos de trabajo, con ganas de aprender?

- Hay una cuestión de carácter profesional, que tiene gran importancia para nuestra relación con los adolescentes. Se trata del mantenimiento de nuestro prestigio como profesores. El alumno necesita ese prestigio, pero tanto rechaza al profesor hueso como al débil que aprueba a todo el mundo. Los profesores de bachillerato tendemos a pensar que el prestigio se gana con el alto nivel de la asignatura. Pero ellos nos ven por dentro mucho mejor de lo que nosotros pensamos, y sobre todo, valoran la honestidad de nuestro trabajo. El desarrollo y los problemas de los adolescentes nos amenazan de muchas maneras; pero si aprendemos a aceptar la amenaza y a manejar nuestros sentimientos con honestidad, podremos resolver los problemas con mayor efectividad. Una vez seamos capaces de encarar nuestros sentimientos hacia ellos, podremos educarlos mejor. Nuestra actual ansiedad profesional ante los nuevos contingentes de alumnos, ante las nuevas edades que nos toca educar, puede costar nuestro propio prestigio y nuestra propia autoestima profesional si nos lanzamos a la cultura de la queja y del castigo, sin haber hecho un esfuerzo importante de acercamiento y de comprensión de la edad y de los nuevos objetivos que se nos proponen. De nuestra situación pueden tener la culpa muchas instancias (la administración, el gobierno central, los padres, la sociedad, la televisión), pero, si no conseguimos trabajar correctamente, lo pagaremos también nosotros. Debemos perder el miedo: el nivel medio

de posibilidades profesionales es mucho más alto de lo que nosotros mismos pensamos.

## **Hemos hablado de**

Educación  
Formación emocional  
Enseñanza secundaria  
Emoción  
Psicología  
Pedagogía  
Autoestima  
Escuela  
Adolescencia

## **Dirección de contacto**

Mariano Royo